Manuel Morao: Un horizonte seguro

Antonio Carmona Fernández

La figura de **Manuel Moreno Jiménez, «Moraíto»**, viene siendo considerada desde hace mucho como uno de los guitarristas más representativos y prestigiosos del panorama general e histórico del arte gitano-andaluz. La relevancia, la significación de su labor artística ya viene siendo así establecida, no sólo por los más juiciosos tratadistas, sino también por los más cualificados intérpretes, tanto del cante como del baile, junto a los que ha venido actuando desde hace más de cincuenta años. Su labor, en proceso imparable, sigue ejerciéndola hoy con actitud y pasión inequívocas en plenitud de madurez personal y experiencia artística.

Las razones de esta consideración y de este aprecio son las que me propongo plantear y analizar con la pretensión de que contribuyan, no sólo a la lógica serie elogiosa de todo merecido homenaje como éste

Manuel Morao acompañando a Tía Juana la del Pipa.

que la revista **Candil** le tributa sino a la esencial reflexión sobre el devenir de este arte que **Manuel Morao** representa con tan aquilatados méritos. De ningún modo pretendo yo, ahora, reivindicar ni descubrir algo con relación a una figura tan indiscutible y tan unánimemente aclamada.

En primer lugar, **Manuel Morao** nace en el seno de una familia gitana de Jerez de la Frontera donde el cante era alimento y refugio a la vez, esperanza de vida buena y vehículo del sentimiento afirmador de un individuo. De manera que el cante marcó y desenvolvió al mismo tiempo su personalidad como referencia constante, como aliento vital, como base anímica y de conducta en su relación con el mundo. El cante, en fin, como instinto: acto, sentimiento y actitud.

Pero el instinto, por sí solo, no basta para lograr el arte. La inteligencia, que si bien no sirve para guiar el instinto sino para comprenderlo, es imprescindible para que el arte llegue a sustentarse y a erigirse. Ese instinto primario, esa herencia biológica y cultural, familiar, se asienta en la inconsciencia, pero la inteligencia creadora parte de la consciencia, de la voluntad y de la reflexión. Y precisamente esta plenitud de instinto e inteligencia, tan extraordinaria, es la que define la trayectoria artística de este jerezano ilustre. **Manuel Morao** es miembro de número, desde 1986, en reconocimiento a su categoría artística de la Academia Jerezana de San Dionisio de Ciencias, Artes y Letras. Pero, sobre todo, es ilustrado, es decir, tal vez sea en el día de hoy una de las personalidades más competentes de este ámbito cultural, tanto por su dilatada experiencia en todas las dimensiones del Flamenco como por su acendrado conocimiento de la estética del mismo.

Efectivamente, **Manuel Morao**, desde que en la adolescencia se inició como profesional de la guitarra hasta hoy día en que dirige su propia compañía, describe una excepcional trayectoria nada común en la historia del arte gitano-andaluz. Ello es posible gracias a unas cualidades propias, a un poderoso oído musical, al haber nacido y educarse inmerso en la misma sustancia del cante, relacionándose con las grandes personalidades artísticas del Flamenco a lo largo de toda su vida; y sobre todo, a su denodada y apasionada dedicación y entrega a su arte y también a su esfuerzo por racionalizar su expresión y ejecución.

La adecuada conjunción de voz y guitarra, elemento relevante, superior y significativo de la calidad artística del cante, sobresale en sus interpretaciones como rasgo definidor de su toque de acompañamiento. El toque de la guitarra debe modularse sobre la voz del cantaor reproduciendo todas las posibilidades que la voz tiene, intensificando los valores melódicos y armónicos en acentuación, movimiento y ritmo.

No es que la guitarra quede en un «segundo plano» con respecto a la voz, ni que sobresalga en rivalidad con ésta. Desde el rasgueado inicial se enuncia el carácter armónico-rítmico de cada forma o toque, que la hace inmediatamente identificable y entre los puntos de apoyo suministrados por la melodía se ejecutan variaciones improvisadas («falsetas») adecuadamente inscritas en el ritmo y en el espíritu del toque, sin disgresiones ni acrobacias a todas luces innecesarias, ya que sobrecargarían la composición. El virtuosismo del toque de **Manuel Morao** radica, a nuestro entender, en interpretar con singular dinamismo expresivo la melodía, la armonía, el ritmo y el contratiempo. Su toque se puede considerar, por tanto, como uno de los más legítimos, más justos e ideales para el acompañamiento del cante, significándose por su calidad de sonido, su intensificación cromática y su tonalidad cadenciosa y anhelante.

La auténtica comprensión y desarrollo del ritmo en toda su magnitud es la virtud fundamental de las composiciones guitarrísticas de **Manuel Morao**. Porque el ritmo tiene que ver con la medida, pero no siempre la medida seis es «la medida». ¿La medida seis resulta de tres y tres, o bien, de cuatro y dos? El ritmo se logra o no se logra, pero no se improvisa. El ritmo es algo perfectamente lógico y muy calculado. Para

JUNTA DE AN
CENTRO
JEREZ DE LA FRON
(CADIZ)

hallarlo hay que tener una noción clara y exacta y un dominio de las dimensiones y reglas que se hallan en la medida del cante, en la voz y en la música, en la melodía.

El virtuosismo de un guitarrista flamenco no radica, por consiguiente, ni en la fuerza ni en la velocidad, ni por supuesto, en lo puramente ornamental; sino en el vigor y la luminosidad sonora, en la precisión rítmica y su consonancia con cada forma o género de cante. Esto no se improvisa, consiste en un arte exacto y riguroso. Las composiciones de **Manuel Morao** eso es lo que denotan y afirman: que la guitarra va de la mano del cante, intensificando, dando justo cauce a la emotividad y al sentimiento en conjunción extraordinaria. Su música aporta sentimientos e ideas, proyecta y canaliza el arte que pretende y consigue llevarlo hasta lo sublime. Estamos ante un músico que se implica de lleno en la ejecución del cante, hasta en la forma de coger el instrumento: obsérvese que su postura es dinámica y no estática.

Sus muchos años como primer guitarrista en la Compañía de Ballet de Antonio, recorriendo los teatros más prestigiosos de gran parte del mundo, pusieron a prueba, experimentándolos y aumentándolos, sus conocimientos, su virtuosismo y su enjundia. Pues si no se tiene ese poderoso sentido y ese conocimiento del ritmo, es inconcebible conjuntar, como se lograba, los tres elementos orgánicos del cante: la voz, el toque y el baile. No hay más que repasar los éxitos, por aquellos años, de los espectáculos de la Compañía de Antonio, que triunfaba por el mundo tanto con espectáculos de danza como de Flamenco. En este sentido, creo que se demuestra, por su trabajo en esta Compañía, que **Morao** no es un artista anclado en una tradición, aunque la conozca profundamente y la interprete como pocos, sino que siempre tuvo una conciencia de búsqueda de nuevos modos expresivos, afán de creatividad y de adaptación de técnicas y fórmulas que

Manuel Morao, Antonio, Terremoto, La Paquera de Jerez y Bambino.

En el bar de Juanito junto a su cuñado Fernando Terremoto

abrieron horizontes, superando en gran medida esa misma tradición. Todo ello sin apartarse, sin salirse del dominio de la estética flamenca.

Con esa mentalidad que le caracteriza y su afán por abrir nuevas perspectivas funda, hace más de quince años, su propia compañía. Hasta hoy ha producido unos quince espectáculos que suponen una serie de innovaciones, en muchos casos inéditas y que por razones de espacio no podemos analizar aquí. Pero para el recuerdo citaremos uno de esos espectáculos, *«Flamenco, esa forma de vivir»*, de dilatado éxito, no sólo aquí en España sino tanto en París como en Nueva York.

Pero junto a la entrega apasionada e inteligente a su quehacer, corre pareja su decidida lucha contra la indiferencia o la desconsideración hacia el cante tan generalizadas en la época de los años cuarenta cuando él inicia su singladura artística. **Morao**, con aguda conciencia, se entrega a su labor no sólo por engrandecer lo que él ama, sino también por el derecho a la dignidad propia y a la libertad de tal arte. Su capacidad dialéctica, su habilidad para transmitir conceptos y formas artísticas ha dejado huella importante en los artistas de hoy, a los cuales él descubrió en muchos casos. Quizá sea el último eslabón de una sabiduría musical que se ha venido comunicando de generación en generación, de forma restringida en un medio social organizado y vivido por los pocos conocedores de las claves musicales de un arte cuyas propuestas se basan en el sentimiento de debilidad ante el mundo y en una búsqueda de una dimensión más habitable.

Todo arte que se precie responde a unas exigencias, a unos postulados, pero a la vez se resiste a cualquier supuesto o a cualquier ley que lo encorsete o lo aprisione. Así pues, la libertad creativa lo estimula y define ante todo. Pero esto no significa ignorar los principios reguladores del mismo, que le dan consistencia y distinción, que lo asientan y lo identifican como tal arte. Me atrevo a formular así el concepto primero de dónde partir para considerar su obra.

Muchos perdemos de vista que el cante es ante todo una música, es una expresión musical, constituida organizadamente por la voz, la guitarra y el baile. Aunque pueda localizarse desde distintos ángulos, el cante es un fenómeno melódico-expresivo que se asienta en definitiva como una música diferenciada y culta. Es decir, que exige un cultivo, una instrucción, unos conocimientos y una pasión.

Manuel Morao aúna, como pocos, un conocimiento erudito de los tres aspectos orgánicos del cante. Quizá más allá si es posible, de sus indudables méritos como guitarrista flamenco, sobrecoge y asombra no sólo su enciclopédica sabiduría sino también la claridad de los conceptos y la noción exacta de la dimensión de las formas y de los géneros conformadores del cante, de su arquitectura y por tanto de sus posibilidades. Por esto **Manuel Morao** es un horizonte seguro: consistencia, solidez, fidelidad y amplitud.